

LA PRODUCCIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA EN EL SUR: CARACTERÍSTICAS, PERSPECTIVAS, INTERROGANTES

Esteban Krotz*

El surgimiento de las antropologías del Sur

Los contactos culturales son tan antiguos como las culturas mismas y, hasta donde se tiene conocimiento, igualmente antigua es la reflexión humana sobre los diferentes aspectos del contacto cultural y la diversidad cultural. Vistas así, las ciencias antropológicas constituyen solamente una forma particular (y bastante reciente) de tal reflexión que nace en el seno de una civilización determinada y en una época específica: en la Europa decimonónica y sus “anexos” occidental (Norteamérica) y oriental (el imperio zarista) y se consolidan definitivamente como tales en el último tercio del siglo pasado.

La larga historia de los encuentros y desencuentros de Europa con los “otros” de ultramar, la principal fuente de la alteridad cultural a la que se enfrentaba la disciplina antropológica naciente, no se dio como flujo uniforme de situaciones semejantes entre sí. Diferentes fueron en distintas épocas los ritmos y la intensidad de estos contactos, para cuya consideración hay que tomar en cuenta que sólo a partir de la temprana Edad Media puede vislumbrarse algo así como un sujeto europeo identificable como tal. Hubo coyunturas que marcaron más que otras esta historia y muchos antropólogos concuerdan en que una de las situaciones estelares fue originada por la llegada de los europeos a América.¹ El conocido debate sobre el carácter humano de los habitantes del Nuevo Mundo, en el cual se mezclan desde sus inicios cosmovisión con razón de Estado, ganas de saber con intereses económicos, humanismos con delirios de dominación, contiene ya muchos elementos que se manifestaron de modo más marcado tres siglos después, cuando la antropología se hizo ciencia.

El establecimiento de la antropología como disciplina científica se produce en el entrecruzamiento de dos procesos nunca antes vistos. Uno es la expansión a escala planetaria de una sola civilización en la que se conjugan nacionalismo y militarismo, misión cristiana y racismo, búsqueda capitalista de mercados y de materias primas y afán de inventariar todos los fenómenos del globo terráqueo. El otro es la hegemonización de un único tipo de conocimiento, caracterizado por una determinada organización social de sus practicantes y por el consenso en el seno de éstos acerca de ciertos procedimientos para generar y validar enunciados sobre la realidad empírica. Con variaciones derivadas de las tradiciones políticas y académicas un tanto diferentes de las naciones que repartieron en aquella época el mundo entre sí, surgió la antropología² como un campo de conocimiento propio dentro del conjunto de las ciencias sociales. Éste se dio a la tarea de ordenar la gigantesca cantidad de noticias acerca de otras culturas acumulada desde hacia siglos en colecciones y relatos, bibliotecas y museos, a la que se agregaban desde fines del siglo XVIII caudales crecientes de nuevas in-

formaciones. La comparación de los datos sobre las diferentes culturas y la búsqueda de una explicación de la diversidad cultural acorde con los parámetros aceptados ampliamente como “científicos” en aquél tiempo llevó al nacimiento de lo que podría llamarse el primer –y hasta ahora único– “paradigma” antropológico, el evolucionismo decimonónico. Acertadamente se suele considerar el ingreso de los primeros representantes de la nueva ciencia a los recintos más típicos del co-nocimiento científico desde entonces hegemónico, las universidades, el inicio de la formación profesional sistemática de los futuros miembros de la comunidad antropológica y la publicación de los primeros compendios de antropología, como la culminación de la fase inicial de la nueva disciplina científica

No deja de ser curioso que el establecimiento en el seno de la civilización noratlántica de una cada vez más próspera y exitosa disciplina científica dedicada especialmente a la diversidad cultural, ha ido a la par del esfuerzo masivo y sostenido de esta misma civilización por anular tal diversidad. La misión religiosa y la técnica “moderna”, el Estado nacional con sus escuelas y sus aparatos administrativos, la dinámica propia de la producción industrial “eficiente”, el desprecio rotundo por todo lo que, desde una concepción eurocéntrica del progreso, sólo se puede considerar inferior y destinado a desaparecer –todo esto se ha conjugado desde entonces para disminuir e incluso borrar la heterogeneidad cultural a favor de una creciente homogeneidad universal.

Es sabido que ésta no se ha logrado. Es más, las contradicciones propias del modelo civilizatorio noratlántico crearon nuevas heterogeneidades a nivel mundial. Hoy en día, la más honda de éstas, opacada largamente por el conflicto Oeste-Este, vuelve a aparecer con rostros nuevos. Ahora es más visible que antes que no estamos meramente ante una desigualdad pasajera de carácter tecno-económico, sino que se trata de una división mucho más profunda y envolvente cuyo análisis debe incluir las esferas de lo político y lo militar, la cosmovisión y el conocimiento, las pautas de la vida cotidiana, los sentimientos y la corporalidad –en fin, que se trata de una división de carácter también cultural–. Es la división que durante el siglo XIX se nombraba en los términos de la oposición civilización y salvajismo/barbarie; posteriormente fue sustituida por los binomios desarrollo y subdesarrollo, modernidad y tradición, dominación y dependencia, metrópolis y periferia, globalización y localismo. Todos estos aspectos están comprendidos en los términos metafóricos de la oposición Norte-Sur. Su apariencia geográfica no debe hacer pasar por alto que hay zonas del tipo del “Norte” en muchas ciudades del Sur y que en la mayor parte de los países del Sur se observan declives internos de alguna manera semejantes y hasta paralelos a los que existen a nivel mundial; por otra parte, es ampliamente documentado que situaciones típicamente “sureñas” de pobreza y miseria, marginación y enajenación existen –y, al parecer, recientemente se extienden– en el seno de los países pertenecientes al Norte.

Durante varios lustros, especialmente en América Latina se desarrollaron muchos esfuerzos originales para analizar esta diferencia de carácter planetario y sus consecuencias. Su principal logro consistió, sin duda alguna, en la demostración de que la situación del Sur no era una de “retraso” en términos de algún parámetro objetivo o con respecto al nivel de la situación del Norte, sino que el carácter sociocultural del Sur respondía en alto grado a la presión transformadora ejercida sobre el Sur por el Norte y que complementariamente, el estado de cosas logrado por el Norte se debía en buena medida a su explotación secular del

Sur. Sin embargo, en estos análisis predominaba el economicismo y los aspectos de tipo cultural no solían ser tomados en cuenta.

Es por esto que muchos planos de la realidad sociocultural y muchos cambios que se produjeron en ella, no se hicieron conscientes. Uno de los cambios resultantes de más de un siglo de dominación mundial del modelo civilizatorio noratlántico, que han sido poco tematizados es precisamente el tema de este ensayo. Consiste en el hecho que en este Sur, tradicionalmente el hábitat principal de los objetos de estudio de la ciencia antropológica, se arraigó la antropología y cobró vida propia. Aunque en algunos países hay antecedentes tempranos, es particularmente en el último cuarto de siglo que en muchas partes del Sur se han establecido instituciones académicas de todo tipo, congresos periódicos y museos, revistas especializadas y asociaciones profesionales, proyectos editoriales y programas de investigación de largo aliento; más recientemente un buen número de los tradicionales programas de licenciatura se ha visto complementado por maestrías y doctorados en antropología. Todo esto ha vuelto casi regular una situación antes inexistente, a saber, que los practicantes de la antropología formados en y provenientes de las culturas del Norte se encuentren en sus lugares de estudio no sólo con informantes, sino con estudiantes y colegas nativos. A su vez, en las crecientes comunidades antropológicas del Sur se extiende la conciencia de que ciertas dificultades no tratadas en la bibliografía tradicional no son pasajeras o marginales, sino que tienen que ver con la “utilización” de la antropología en situaciones donde los fenómenos socioculturales abordados no son de la misma manera “otros” como en la antropología nacida en el Norte y donde las y los investigadoras/es forman ineludiblemente parte de lo que estudian.

El silenciamiento de las antropologías del Sur

Sin embargo, cuando uno revisa las historias más usuales de la disciplina, los libros de texto y las principales revistas antropológicas más difundidas, la antropología generada en los países del Sur, sus instituciones y practicantes casi no existen. Esto vale para la antropología más conocida, es decir, la escrita en los países de habla inglesa, francesa y alemana, pero lo mismo se observa en las áreas un tanto periféricas de los países escandinavos, mediterráneos y balcánicos. Y cuando la antropología del Sur se hace presente, por ejemplo, en el contexto de eventos internacionales, pocas veces se advierten conocimientos de ella comparables con los referentes a los países originarios de la ciencia antropológica. Además, ¿no puede percibirse no pocas veces un consenso tácito de que trata de algo tan dependiente y “subdesarrollado” como los países del Tercer Mundo, en los que se desenvuelve? Versiones más benignas la conciben como una especie de “eco” o versión diluida de la antropología propiamente dicha que es y sigue siendo únicamente la generada en los países originarios de la disciplina, documentada en sus revistas y empresas editoriales, producida y transmitida en sus universidades.

Empero, usualmente tampoco en el Sur suele aparecer la antropología del Sur. Los cursos impartidos en las universidades, tanto los de “pensamiento antropológico” como los segmentos históricos referidos a temáticas especiales, suelen presentar a la antropología de los países del Sur fundamentalmente como resultado de un proceso de difusión permanente a escala mundial, que tuvo y sigue teniendo su origen único en el seno de la civilización noratlántica y que llegó a lugares exentos de reflexión sobre contacto y diversidad cultural. Por más que a veces se añada un curso de “antropología mexicana” o “pensamiento antro-

pológico latinoamericano” a los cursos de “teoría antropológica”, los primeros no dejan de privilegiar de modo tal la situación de “reflejo”, “extensión” o “adaptación” que se pierde de vista cualquier perfil propio de las antropologías del Sur. Todavía está por verse en qué medida, la durante muchos años frecuente impugnación de la antropología generada en el Norte como ciencia “burguesa” e incluso “imperialista”, contribuyó a esta restringida visión de las cosas, ya que sólo en pocos casos se produjeron críticas detalladas y cuando éstas se intentaban, solían tener como punto de referencia no tanto la situación del Sur, sino determinadas corrientes de pensamiento generadas exactamente en los mismos países del Norte de los cuales provenía el objeto de la crítica.

Otro aspecto de este silenciamiento de la antropología del Sur se encuentra en que usualmente no se problematiza la relación intrínsecamente tensa entre miembros nortños y sureños de la comunidad antropológica. Con esto no quiere afirmarse que los contactos personales entre éstos sean de hecho altamente conflictivos. Además no se trata aquí de problemas entre personas concretas, sino se quiere llamar la atención sobre contradicciones provocadas precisamente por el desarrollo de la antropología en un mundo configurado, hasta este momento, por el poder de las mismas naciones que también generaron nuestra disciplina y que siguen determinando casi por completo la pauta de este desarrollo. Estas tensiones se dan a diario en muchas partes y en la medida en que no son tematizadas y resueltas, ellas mismas contribuyen a reforzar este silenciamiento. Por ejemplo, en relación a la actuación de los antropólogos y las antropólogas del Norte. ¿Cuántas veces su actitud típica para con sus colegas del Sur es de carácter esencialmente paternalista, lo que asigna a estos últimos inevitablemente un lugar de segunda, condenados a ser aprendices permanentes de quienes son los dueños de la antropología verdadera? ¿Cuántas veces nos encontramos aquí ante una nueva variante de la conocida división internacional del trabajo, en la cual el “antropólogo nativo”, adquiere el papel de una especie de “informante clave”, que presta sus servicios a cambio de una ocasional coautoría o invitación a uno de los lugares “consagrados” de la antropología mundial? Lo mismo desde el Sur. ¿Cuántas veces el colega nortño es menos huésped amistosamente recibido que codiciada fuente de recursos de todo tipo y posible puerta de acceso a publicaciones y eventos de relieve? ¿Cuántas veces es tratado con una mezcla incoherente de sospecha (por sus posibles ligas con intereses imperialistas) y admiración apriorística (que deriva más de su cercanía física con los más recientes debates de California, París y Manchester que con la calidad probada de su trabajo científico)?

Un ejemplo más de esta apreciación de las antropologías del Sur, en la que convergen los académicos del Norte y del Sur y que igualmente contribuye a ocultar la existencia misma de una antropología del Sur es la atracción, pocas veces discutida, que para estudios de posgrado y estancias sabáticas ejercen los centros universitarios del Norte. Con esta observación no se quiere disimular el muchas veces lamentable equipamiento de bibliotecas, hemerotecas, laboratorios y artefactos electrónicos de la mayoría de las universidades del Sur y menos aún ciertos discursos sureños que disculpan la falta de rigor científico y nivel académico y la ausencia de criterios de calidad, defendibles mediante la vaga referencia a una supuesta originalidad. Pero el hecho es que para la abrumadora mayoría de las antropólogas y los antropólogos del Norte (incluyendo a sus estudiantes) la estancia en una universidad del Sur es vista, en el mejor de los casos, como una especie de trabajo de campo y que un número extraordinario de antropólogos del Sur han sido estudiantes y profesores visitantes sólo en países del Norte y nunca del Sur; sin duda, esta situación inhibe, aparte de todo lo de-

más, en propios y extraños la conciencia de la mera existencia de una antropología del Sur y conduce, en caso de tomar nota de ella, a concebirla apenas como el “pariente pobre” de la antropología propiamente dicha.

Cuatro puntos “críticos” de las antropologías del Sur

Antes que nada hay que recordar que la producción de conocimientos científicos es un proceso de creación cultural semejante a otros procesos de creación cultural. Al igual que todos los demás, tampoco éste debe ser analizado únicamente como sistema simbólico separado de los demás aspectos de la realidad social más comprehensiva; tal procedimiento significaría reducir a la antropología a los resultados de este proceso de producción e incluso a restringir su historia al desarrollo del “pensamiento antropológico”. Una implicación inmediata de esto es que no debe estudiarse como un proceso sin sujeto: cualquier análisis de la ciencia antropológica tiene que incluir de manera fundamental la atención a las características de las comunidades científicas que generan y difunden los conocimientos antropológicos considerados por ellas mismas y por otros sectores sociales como científicos. Es crucial caer en la cuenta que los generadores (que siempre son colectivos) de tales conocimientos al igual que sus estructuras organizacionales y sus vínculos con la realidad social más comprehensiva no son algo “externo” al conocimiento antropológico, sino que se trata de elementos tan intrínsecamente constitutivos del mismo como, por ejemplo, la dinámica argumentativa del debate científico.³

Naturalmente, a partir del reconocimiento del origen noratlántico de la ciencia antropológica hacia fines del siglo pasado, su presencia en los países del Sur puede ser vista como resultado de un proceso de difusión. Sin embargo, en la situación actual, las antropologías del Sur no son reductibles a meras “extensiones” o “réplicas” (acaso imperfectas) de un modelo antropológico original. Más bien, nos encontramos ante formas de generar conocimientos antropológicos que tienen características particulares. Independientemente de las peculiaridades nacionales y regionales presentes a lo largo y lo ancho de América Latina, una breve mirada a la antropología del llamado “subcontinente” puede servir para reconocer algo de la dimensión y la profundidad de esta diferencia.

a) Estudiosos y estudiados como ciudadanos del mismo país

Una de las características que a primera vista distinguen a la antropología “clásica”⁴ de la que se practica en el Sur es que en el ámbito de esta última los estudiosos y los estudiados son ciudadanos del mismo país. Esto no es, obviamente, una cuestión de geografía, aunque en muchas ocasiones la cercanía física entre el lugar donde se recoge la información empírica y los lugares donde se analizan estos materiales y se discuten y publican los resultados de la investigación, resulta ser importante. Más trascendental es que hoy en día, incluso desde el seno de comunidades rurales relativamente apartadas, se puede tener acceso a los resultados de los trabajos antropológicos generados sobre ellas y establecer diferentes tipos de interacción con sus autores, situación que es facilitada enormemente por la existencia de un solo idioma nacional oficial. Por otra parte, el hecho de que estudiados y estudiosos son afectados (aunque no necesariamente de la misma manera) por decisiones políticas y económicas emanadas de las instituciones públicas en cuya configuración y legiti-

mación ambos toman parte, crea un vínculo entre intereses profesionales e intereses sociales y políticos mucho más diferente que el que puede darse en el caso de un investigador visitante con respecto al grupo social que estudia durante un tiempo. Finalmente puede suponerse que el origen sociocultural (estrato socioeconómico, religión, región, etnia, incluso género, etcétera) de los autores de trabajos antropológicos influye de modo diferente sobre inicio, desarrollo y resultado de una investigación cuando éstos están bajo los efectos del mismo sistema (socioeconómico, religioso, desequilibrio regional, discriminación étnica y de género, etcétera) que quienes estudian, que cuando estos últimos viven en condiciones totalmente distintas que los investigadores venidos de lejos.⁵

b) Conceptualizaciones de ciencia y de ciencia social

Un aspecto crucial que distingue la mayoría de los países del Sur de los países originarios de la antropología es la valoración social del conocimiento científico en general y del conocimiento antropológico en particular. Mientras que la dominancia económica, política y militar de los últimos se basa de modo creciente en la creación de conocimientos (y el control sobre los mismos), en los países del Sur no sólo se importa la mayoría de los conocimientos científicos y tecnológicos considerados útiles, sino que incluso se sustituyen conocimientos localmente generados y se bloquea la producción de éstos. En efecto, ¿cuál funcionario, empresario e incluso profesor universitario de un país del Sur cree *realmente* que en las universidades y centros de investigación del Sur podrían o deberían generarse conocimientos importantes e incluso decisivos para el futuro de su país? Aunque esta minusvaloración de la ciencia producida en el mismo país se encuentra pocas veces de manera explícita, el estatus social de los investigadores científicos y el que pocos investigadores del Sur pueden vivir de la dedicación de tiempo completo a las labores académicas son indicadores suficientemente elocuentes. Otro es la ausencia de sistemas efectivos de circulación de los resultados de las pesquisas. Además, al ver las aulas de la mayoría de las universidades del interior de los países latinoamericanos, donde se siguen impartiendo carreras de arqueología y lingüística sin laboratorios y donde se siguen abriendo posgrados en etnología para alumnos que a falta de libros, revistas y viáticos se limitan a estudiar los apuntes tomados en clase, quien ha conocido universidades de Estados Unidos y Europa, muchas veces se pregunta si la palabra “universidad” tiene en el Norte y en el Sur realmente el mismo significado.

c) Alteridades diferentes

Como se señaló arriba, la ciencia antropológica no nació como una reflexión abstracta sobre el contacto cultural en general (y es importante repetirlo: no pudo nacer así), sino que se originó como parte de un esfuerzo intelectual y social de una determinada civilización para comprender con los medios cognitivos entonces disponibles una clase particular de relación entre culturas y civilizaciones. Positivismo y neopositivismo, cientismo y empirismo, han contribuido de manera importante a evitar la pregunta por las condiciones de posibilidad de “usar” o “aplicar” la antropología en otras civilizaciones, para comprender otro tipo de contactos culturales y para comprenderlos desde otra perspectiva. El carácter aplastante del proceso de difusión de la antropología ha hecho lo suyo. Pero ¿en qué medida esta difusión ha provocado diferencias en el seno de la antropología que no provienen de factores como

los mencionados en los dos incisos anteriores sino directamente de la calidad distinta de la alteridad sociocultural a la que se enfrenta la antropología en los países del Sur hoy? ¿Es posible considerar a la ciencia antropológica como un instrumento cognitivo “neutro”, quiere decir, despojable por completo de las condiciones que le dieron origen? ¿No guarda como todo instrumento las huellas de su procedencia y no prefigura como todo instrumento de la realidad que produce?

Algunas veces, se responde a tales preguntas simplemente con que la antropología se ha convertido en el Sur, a lo largo de este proceso de difusión, en una especie de “sociología nativa”. Pero al menos dos hechos revelan rápidamente lo inadecuado de esta clase de respuestas. Uno es la permanencia de una diferenciación disciplinaria en las universidades del Sur, donde la antropología sigue conviviendo con sociología, ciencia política, etcétera. El otro es que necesariamente el tratamiento antropológico de la alteridad sociocultural se realiza a partir y desde una cultura determinada (y cada experiencia de trabajo de campo, el método central de la antropología, reproduce de modo condensado y altamente reflexivo este hecho).

Nuevamente hay que hacer referencia a las fuerzas homogeneizadoras omnipresentes. Es suficiente señalar aquí sólo las dos mencionadas en los dos incisos anteriores. Por una parte, es ampliamente sabido cómo los Estados nacionales latinoamericanos⁶ han tratado de suprimir la heterogeneidad cultural mediante muchos medios, desde el genocidio y el etnocidio abierto, hasta la aplicación de las más diversas políticas educativas y sociales. Por otra parte, precisamente la existencia de instituciones y prácticas de tipo universitario ha sido un poderoso factor en la creación de una conciencia colectiva de que el Sur, o, al menos, sus universitarios, son, sin más, parte integrante de la “civilización occidental”. Por ambas vías se refuerza así la idea de que al interior de los mismos países no existe, a no ser en forma de reliquias poco significativas, alteridad sociocultural. También por ello es altamente significativo que precisamente algunas de las llamadas “sobrevivencias” de determinadas culturas indias (por ejemplo, en la medicina y la agricultura, pero también en su cosmovisión y sus relaciones sociales) y los reclamos últimamente más audibles de ciertos pueblos indígenas americanos, hayan contribuido a hacer recobrar la percepción de la alteridad cultural en el seno de los países latinoamericanos. Obviamente, esta alteridad no se restringe al ámbito de los pueblos indígenas,⁷ por lo que no puede extrañar que también en el estudio de procesos políticos y movimientos sociales, de la cultura urbana y de la religión popular se empiezan a reconocer por doquier problemas serios para la simple y llana “aplicación” de moldes conceptuales y herramientas metódicas provenientes de las tradiciones antropológicas corrientes.

d) La búsqueda de los antecedentes propios

Los tres aspectos hasta ahora mencionados se condensan, en cierta medida, en el problema de los “antecedentes” de las antropologías del Sur actuales. Cuando se narran las biografías de las primeras personas dedicadas desde fines del siglo XVIII de manera sistemática a la problemática cognitiva y práctica de la diversidad cultural, cuando se analizan sus obras y se describen sus esfuerzos por crear circuitos de comunicación con los demás especialistas en ciernes, se suele nombrar a los ciudadanos de las potencias de entonces y de hoy “precursores”, mientras que cuando se trata de habitantes de los países del Sur, éstos no pasan de ser simples “aficionados”.

Es suficiente la pertenencia o no pertenencia a uno de los pueblos en los que nació la antropología como disciplina científica para justificar tales calificativos? en parte sí, porque la antropología surgió inicialmente en determinada civilización y no en otra. El peligro reside en el ocultamiento provocado por el uso irreflexivo de estos calificativos.

Por una parte, se vuelve a silenciar la existencia misma de las antropologías del Sur. En la medida en que se disminuye el valor de sus antecedentes, para éstas aumenta la dificultad de reconocerse como tradición con perfil propio. Por otra parte, se encubre la transformación profunda ocurrida en la antropología desde su nacimiento. Hablando de manera muy esquemática, durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, ésta tenía un sólo centro. Cualquier práctica antropológica científica era, más que nada, aunque en grado variado, extensión y ramificación de impulsos provenientes de este centro. Pero en la segunda mitad del siglo que está por terminar, muchos de estos trasplantes han empezado a revelarse como raíces, como formas de vida antropológica en la que se combinan de modo diverso, influencias provenientes de la larga discusión antropológica noratlántica con esfuerzos de comprensión de la diversidad cultural generados en el seno de culturas diferentes.

Conclusión: necesidad de una antropología de las antropologías del Sur

Las conclusiones de todo lo dicho no son difíciles de formular. En primer lugar, resulta obvio que cada vez que se habla de “la antropología del Sur”, se habla, de hecho, en plural: las antropologías del Sur son tanto o más polifacéticas como las diferentes “escuelas” o “corrientes” que se conocen de la antropología del Norte. Empero, al igual que esta última, comparten determinadas características. Éstas distan de ser claras aun, pero naturalmente tienen que ver con la calidad de haber sido el “objeto” tradicional de la antropología original y con la división más profunda del mundo actual en dos esferas actualmente contrapuestas, el Norte y el Sur.

El estudio de las antropologías del Sur apenas ha sido iniciado. Este necesitará de especialistas (tanto antropólogos como expertos en otros campos relevantes para el tema) dedicados de modo específico a ello. Pero de modo igual necesita que se extienda la conciencia de la necesidad y urgencia de esta tarea, porque en muchos estudios antropológicos puede contribuirse con un grano de arena al descubrimiento de antecedentes propios, al desentrañamiento del perfil propio.⁸

Los resultados de estos esfuerzos contribuirán, obviamente, a hacer más claras las características propias de las antropologías del Sur; por tanto, éstas pueden aprovecharse mejor o, en su caso, superarse. Pero también contribuirán a no seguir concibiendo a la antropología con una perspectiva desarrollista o, mejor dicho, evolucionista unilineal y centrada exclusivamente en la civilización noratlántica. Esto abriría el camino hacia una perspectiva –y un proyecto– verdaderamente planetario de la antropología. Así, el estudio de las antropologías del Sur será, por decirlo de otro modo, el reconocimiento de la diversidad en el seno mismo de la disciplina dedicada a estudiarla en todos los ámbitos de la realidad sociocultural.

Notas

* Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y Universidad Autónoma de Yucatán. Publicado en: *Alteridades*, 1993, 3 (6): 5-11.

1. *La antropología moderna surge de este esfuerzo de comprensión y de interpretación del Nuevo Mundo* ha señalado, por ejemplo, A. Palerm (1974: 90), concordando en cierta manera con C. Lévi-Strauss (1975: 16 y ss.).

2. Se entiende aquí por “antropología” el conjunto de sub-disciplinas formadas por la antropología social/etnología, la prehistoria/arqueología, la etnohistoria/historia antropológica, la bioantropología y la lingüística

3. Esta idea se contrapone a la conocida oposición entre los enfoques usualmente llamados “externalista” e “internalista” (un breve resumen se encuentra en Llobera, 1980: 26 y ss.); véase para esto Krotz, 1987.

4. No se puede tratar aquí el hecho a menudo oscurecido en la conciencia de la misma antropología europea de que en los orígenes de ésta los pueblos “otros” de ultramar eran la fuente más importante, pero no la única de la experiencia de alteridad sociocultural.

5. No está por demás recordar aquí las a veces extrañas combinaciones de diferentes tipos de relación entre las colectividades antropológicas y las administraciones estatales en Latinoamérica: el frecuente uso de las primeras por parte de las últimas, la reducida importancia que suelen tener los resultados de la investigación antropológica para quienes toman las decisiones (incluso sobre aquellas poblaciones y con respecto a aquellos problemas acerca de los cuales existen informaciones y consideraciones antropológicas bien fundamentadas), la permanente atracción de posiciones de “influencia” sobre quienes ejercen el poder político para no pocos antropólogos.

6. Esta situación constituye una interesante diferencia con respecto a la situación de muchos países africanos y asiáticos, que debe ser considerada en la comparación de la antropología latinoamericana con las de África negra y ciertas partes de Asia.

7. Este aspecto ha sido enfatizado por uno de los antropólogos más dedicados a contrastar la presencia de modelos civilizatorios diferentes en el seno de las sociedades latinoamericanas (Bonfil, 1987).

8. Material para una primera aproximación a la polifacética situación de las antropologías latinoamericanas proporciona el volumen colectivo *Balance de la antropología en América Latina y el Caribe* (Arizpe y Serrano, 1993). Durante el pasado XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas (México, 1993) se constituyó una red de antropólogas y antropólogos interesadas/os en las características de las antropologías del Sur; un primer esfuerzo de este naciente grupo de trabajo lo constituye el primer número del boletín *Antropologías del Sur*.

Referencias citadas

- Arizpe, Lourdes y Carlos Serrano. 1993. *Balance de la antropología en América Latina y el Caribe*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bonfil, Guillermo. 1987. *México profundo: una civilización negada*, México, CIESAS-SEP.
- Krotz, Esteban. 1987. “Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica”, en C. García M., comp., *La antropología en México: panorama histórico*, v. 1: 113-138, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Lévi-Strauss, Claude. 1975. “Las tres fuentes de la reflexión etnológica”, en J. R. Llobera, comp., *La antropología como ciencia*, 15-23, Barcelona, Anagrama.
- Palerm, Angel. 1974. *Historia de la etnología: los precursores*, México, SEP-INAH.